

Versión Imagen

Identidad versus complejo de inferioridad.

● **Cesia Ziona Hirshbein**

Directora del Instituto de Estudios Hispanoamericanos/UCV

El novelista cubano Alejo Carpentier, quien dedicó gran parte de su obra y vida al estudio de nuestra identidad, dijo las siguientes palabras en nuestra solemne Aula Magna hace algunos años:

"El latinoamericano vio surgir una nueva realidad en esta época...Y ahí es donde se plantea el verdadero problema...¿quién soy yo, qué papel seré capaz de desempeñar, y más que nada...qué papel me toca desempeñar?...Eterna revivencia del 'conócete a ti mismo'..."(1)

Muchos pensadores, dentro de ese contexto de búsquedas, acercamientos, reencuentros y sorpresas han intentado definir la identidad latinoamericana a través de una exploración de nuestras propias raíces, porque quizás ahí, en los orígenes esté la clave del presente, para establecer la posibilidad de un destino mejor de esa entidad, a la vez abstracta y concreta, que es "nuestro gran continente mestizo". También de establecer los rasgos comunes que nos caracterizan y nos unen a través de un mestizaje que vale la pena aclararlo, no es sólo de etnias, sino también de influencias, aspiraciones e ideologías, y que es uno de los puntos esenciales de nuestra identidad.

Además, creemos que esa insistencia en conocernos, es muy importante para el desarrollo de la historia del pensamiento latinoamericano, porque además de tratar de resolver los problemas más inmediatos de unas tierras aún en formación, nos va perfilando, aclarando, y también concientizando sobre unas características que por ese mismo hecho de la insistencia en la búsqueda ya son originales. Y están reflejadas en nuestra (controversial) historia común, en las raíces de la expresión de nuestra lengua y literatura, y la exaltación de nuestra exuberancia territorial. De ahí la paradójica conceptualización de la identidad: la misma inquietud que nos da un sello de autenticidad, a la vez nos pone la luz roja de

alerta contra las invasiones, no sólo políticas, militares sino las culturales y espirituales que son las más peligrosas y que hoy más que nunca amenazan a nuestros pueblos. Es el momento pues de la conciencia y madurez histórica, de encontrar los aspectos verdaderos y auténticos que configuran los países hispanoamericanos para la liberación espiritual.

Sobre todo, porque -como un dolor secular presidido por los monstruos de una naturaleza subterránea que desvía la razón debido a una conquista y colonización tan feroz-, todavía nos viene al asalto el terrible complejo del americano, el "complejo de inferioridad": creer que nuestra expresión no es forma alcanzada, sino, como dice el poeta cubano José Lezama Lima, "problematismo, cosa por resolver" (en **La expresión americana**). Creer que su tierra y su expresión no es forma alcanzada, mientras que los dones de su identidad aparecen "lentos, errantes y somnolientos" (p.28). Según Leopoldo Zea (en **América Latina: largo viaje hacia sí misma**) el mestizaje fue el culpable de ese complejo, pues, según el filósofo mejicano, el mestizaje lejos de ser algo positivo, fue la fuente de toda su ambigüedad y ambivalencia, "que una y otra vez, impedirá la asunción cultural de su encontrado modo de ser, la definición de su identidad" (p.9).

El complejo de inferioridad o de "bastardía" (como lo llama el maestro Zea) se desarrolla o está latente en el espíritu latinoamericano, precisamente por ese afán inútil de ser otro que uno mismo, renuncia del verdadero ser para tratar de imitar al otro que uno mismo, renuncia del verdadero ser para tratar de imitar al otro, al de arriba y al de la otra orilla del mar, y por ver lo propio como inferior. Con claridad lo leímos hace unas semanas en un diario capitalino: "El éxito extraordinario del coloso norteamericano ha producido en el alma latinoamericana un profundo complejo de inferioridad, que ha tenido dos manifestaciones fundamentales: 1) la subestimación de la propia identidad latinoamericana, y de los valores que la definen. 2) La sobrevaloración del modelo yanqui, y la tendencia servil a copiarlo e imitarlo..." (Pedro Da Costa Gómez, "El Nacional". 17 de mayo de 1992, p.A/4).

Ya los pensadores de fines de siglo XIX y principios del XX: Ricardo Palma, José Santos Chocano, José Enrique Rodó, Vargas Vila, César Zumeta, Rufino Blanco-Fombona, y muchos otros, concientes de esta realidad que ya para esa época minaba nuestras raíces identificatorias, abogaron por la unidad latinoamericana como el camino hacia el desarrollo, no sólo económico sino también y sobre todo el cultural, ideológico y espiritual. Entendían que el Norte con su enorme poderío significaba la amenaza para unos países que no formaban un escudo común; ya Darío lo diría con versos demoledores:

"...Eres los Estados Unidos
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún amenaza a Jesucristo y aún habla en español..."

Todo eso robusteció la convicción de que las excolonias españolas compartían un rasgo que marcaba sus fisonomías: el tener como enemigos comunes tanto a los Estados Unidos como a las potencias europeas. La unificación resultaba entonces indispensable, ya que sólo así como un solo bloque de países se podía contrapesar la fuerza del adversario hostil. Martí sueña con una integración de nuestra América, que se asiente en sus verdaderas raíces y alcance, por sí misma, orgánicamente, las cimas de la auténtica modernidad. El sueño de Bolívar en Panamá era unir a todas las naciones para abrir el canal, y además, a través del Congreso Anfictiónico, establecer una unión dual americana, cuyos límites serían los nuevos continentes y cuya vida sería el hombre nuevo. Las fuerzas adversas (del Norte sobre todo) se opusieron, y nuestros países cedieron a las presiones. Los estados de la América Hispana han seguido, en cambio, el camino del desamparo. Sólo Brasil, por su herencia portuguesa más ingenua, se aglutinó y se hizo mayor a expensas de sus vecinos.

La necesidad de definirse en su especificidad y su arte, se convirtió en necesidad histórica y prioridad nacional y americana. Tenemos los nombres de Sarmiento, Carlos Octavio Bunge, Samuel Ramos, Alberdi... Todos ellos, dentro de sus diferentes conceptos y estudios positivistas e hispanoamericanistas, en el fondo buceaban y buscaban la propia identidad hispanoamericana, como una de las formas de la libertad de esas naciones.

¿Tiene sentido hablar de cultura propia? El tratamiento de la cultura propia viene a constituir para nosotros un problema y de ahí su genuina importancia dentro del pensamiento latinoamericano. Problema que ha llegado a plantearse posiciones extremas en cuanto a la expresión americana desde la defensa del autoctonismo para la salvación nacional hasta la de la universalidad (en el sentido de foráneo) como si fueran excluyentes. La misma realidad nos demuestra que no hay autoctonismo sin universalidad, ni universalidad sin autoctonismo: ambas se complementan para crear la simbiosis, el sincretismo de cualquier cultura, y también de la nuestra. Pero no deja de preocupar a escritores, historiadores y hombres de letras la autenticidad de nuestra cultura y de nuestros creadores, (por los peligros del colonialismo intelectual), el examen de nuestra manera real

de ser y a través de la cual se expresa la cultura latinoamericana, a la vez que la creación artística. Recordemos que según Leopoldo Zea el problema básico de la América hispana gira en torno a la discusión de la existencia de una literatura, de una filosofía, o más ampliamente de una cultura americana. Cuestión que se presenta desde el mismo momento en que el primer hombre del Viejo Continente toca tierras americanas, momento impactante, trascendente. En ese asombro visceral del español ante América, ante un nuevo mundo sorprendente, surge una realidad arrolladora: choque, imbricación y encrespamiento de dos mundos, dos culturas, y de donde surge la nueva identidad hispanoamericana, síntesis y mestizaje inefable entre lo español y lo indígena, (es decir, de lo que los conquistadores dejaron del mundo indígena), y después con lo africano. El español, al llegar a estas tierras exóticas y asentarse en ellas, mezcla su pasado (mitos, cultura medieval, historia, etc.) al presente lleno de sorpresas, de luz cegadora, donde la vida le salta misteriosa y lujuriosa, (no olvidemos que al principio ni sabían donde estaban). Aquí, en este primer momento está ya al acecho el delineamiento de una nueva cultura, un nuevo mundo socio-político y cultural que se presenta como una tentación de fascinantes imágenes, figuras y modelos de creación para la modernidad y el potencial del futuro.

Tenemos que ser originales, decía el maestro del Libertador Simón Rodríguez, y según Alejo Carpentier no había que hacer el menor esfuerzo por ser originales, "pues éramos ya originales de hecho y de derecho, mucho antes de que el concepto de originalidad se nos hubiese ofrecido como meta..." Y ahora estamos en la mejor disposición para realizar ese verdadero "descubrimiento" que nuestra América reclama, atendiendo a las voces secretas y originarias contenidas en su mensaje artístico. Para Leopoldo Zea, nuestra cultura es una realidad, a pesar de las influencias y de las imitaciones. Cultura que él llama yuxtapuesta, América, dice, "es un crisol de culturas... Identidad cultural complicada y, por serlo, original..."

Hay además cierto sentido de la vida y de sus problemas que se dan en estos países, como lo es lo telúrico y la aurora tropical, que aún cuando son aspectos de naturaleza extraordinaria, no los podemos descartar en el análisis de lo hispanoamericano, y propiamente conlleva en sí una original visión del mundo, que se extiende con gran fuerza al mundo de las ideas, la filosofía latinoamericana, la cultura, la literatura y el arte. En tal sentido, muchos filósofos reconocen esos trazos exhuberantes y telúricos de la expresión americana y los han introducido en sus sistemas ideológicos. Este hecho es sumamente interesante porque hace que el pensamiento latinoamericano con esa carga de originalidad participe de lo universal a través de una realidad tan típicamente hispanoamericana, a la

vez que enriquece el pensamiento universal con unos tópicos tan extraordinarios y "sobreabundantes".

Y a pesar de las dudas que puedan darse de una cultura propia, es un hecho que de aquel primigenio sincretismo del mundo latinoamericano se va creando una singular expresión autóctona, original. Frente a la pretensión de los conquistadores, de los oligarcas criollos y del colonialismo, ha ido forjándose, aún cuando no podemos negar que con tropiezos y a veces retrocesos, nuestra genuina cultura, tomando como vimos, este término en su amplia acepción histórica y antropológica: la cultura gestada por el pueblo mestizo, esos descendientes de indios, de negros y de europeos. A través del mestizaje Hispanoamérica adquirió un cuerpo, no tanto físico como espiritual, un camino, se puede decir tormentoso, pero con una tradición cultural fuerte de unión entre las naciones hispanoamericanas, que es más sólida que las luchas de separación.

La historia americana es rica en imágenes, desde el momento mismo del "descubrimiento" la expresión y la experiencia de los acontecimientos fue escrita con una lengua exótica entre poética y sobrenatural. Recuérdese las impresiones que -desde Colón y pasando por los cronistas y los poetas barrocos-, se escribieron sobre nuestra naturaleza exótica. Para todos ellos los lagartos eran dragones, y las impenetrables selvas, pasajes oscuros y misteriosos. La historia hispanoamericana empieza su camino de formación cultural con las imágenes poéticas, exóticas y sobrenaturales de sus primeros pobladores. Lo más importante e interesante es la continuidad de este fenómeno, nuestra cultura siempre va a vivir signada espiritualmente por esa imagen que tanta impresión causó y aún causa a quienquiera que pise suelo americano.

La utilización de la riqueza del material americano, de su naturaleza espiritual y social podrá reclamar un estilo, el espléndido estilo "criollo"(2), que el peculiar clima nos impone. Fruición de resolver nuestra expresión y nuestra literatura a través de la palabra y la imagen originaria latinoamericana. Mientras más originales y autóctonos seamos, más nos proyectaremos hacia el mundo, "pasar de la comarca para llegar al mundo", nos dice Mario Benedetti. Además, sabemos muy bien que partir de la región no lleva obligatoriamente a una literatura regionalista todo lo contrario, la región es la raíz mágica de nuestro sello tan personal y a la vez, la que nos distingue ante el resto del mundo; y esto, aunque podría parecer paradójico, es precisamente lo que le da carácter universal a la literatura hispanoamericana.

Cultura genuina que se expresa y consagra en toda su dimensión creadora y universal a través del arte, que ha sido el que ha imbricado de manera más resaltante el sufrido pasado indígena y el profundo mundo africano con nuestro presente mestizo, todo ello visto tras el cristal del idioma español. La pintura, la escultura, la música, el cine (actualmente), pero sobre todo el **texto literario** establecen un espacio que pone de manifiesto la identidad hispanoamericana; y además donde se rompen las fronteras de los países. "Identidad a través de la unidad cultural que es continental..."(3) dice Guayasamin.

El texto literario recuperó nuestra alma y ayudo a definir una identidad que no es más que nuestra historia como proceso de liberación. En la expresión de la escritura latinoamericana se encuentra la manifestación auténtica de nosotros mismos y es el supuesto básico de todo proyecto emancipador. Esta lucha que siempre han tenido nuestros países en pos de la emancipación mental y cultural, se hace explícita por vez primera en la **Alocución a la Poesía** de Andrés Bello, la que inicia sus dos Silvas americanas:

"...Tiempo es que dejes ya la culta Europa..."

La concreción de una expresión auténtica se da con la vicisitudes de la palabra que pugna contra los modelos extraños y retorna a los países americanos. Dejar "la culta Europa", como proclama Bello, sin menoscabo de las influencias universales verdaderamente creadoras.

Pero aún hay algo más en cuanto a la función de la escritura en el desarrollo de una expresión original hispanoamericana: la literatura siempre ha sido un instrumento de nuestro acontecer político y social. Ya en la época de la independencia, demostró su utilidad para la vida pública a la vez que fue muy importante para la historia de nuestra cultura autóctona: por un lado por la euforia de un lenguaje romántico liberado del academicismo clásico, y por el otro por la reconstrucción del pasado, la descripción de las costumbres y la conquista gustosa del paisaje. Más adelante, durante la época del romanticismo de fines del **siglo XIX** surge y toma auge el "costumbrismo" e igualmente se logra afianzar el **signo americano**; la lucha por unos ideales de libertad amplía el horizonte creador de la imagen textual con paisajes que crean hechos, destinos para el ente creador y nuevos conjuros de la palabra. Estos escritores del **siglo XIX** románticos son a la vez que artistas, hombres de acción, auténticos héroes de unos países que luchaban por su emancipación, así tenemos los nombres de Fray Servando

Teresa de Mier, Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Simón Rodríguez y finalmente José Martí. Más adelante, con los escritores modernistas (de la segunda generación): José Enrique Rodó, Urbaneja Achelpohl, Rufino Blanco-Fombona, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, se produce la eclosión de una literatura donde lo regional va a servir de gravitación existencial en la escritura, y donde la palabra "criollismo" será una prolongación de la voz de los escritores originales, auténticos y conscientes de lo hispanoamericano.

Dice Alejo Carpentier:

"Y la verdad es que la palabra criollo es un elemento vital para el entendimiento de nuestra América, de esta América, América madre, América mestiza, que es nuestro continente. Esa palabra criollo que aparece por primera vez en un tratado geográfico, en México, en el año 1574, esa palabra criollo es la que habría de seguirnos a todo lo largo de la obra de los hombres que afirmaron en los siglos XVII, XVIII y XIX nuestra personalidad, nuestra presencia y nuestra entidad, esa palabra criollo cobraba para mí en Venezuela un sentido nuevo. Me condujo a la obra de Simón Rodríguez..."

Desde los años cuarenta hasta la actualidad, -después de esos firmes saboreos que reivindicaron esta tierra como "la región más transparente" de una expresión literaria original y auténtica, donde por medio del regionalismo y el criollismo- se dan las pinceladas de esos paisajes, ciertamente desbordantes, donde la fastuosidad natural e histórica se une a los tejidos verbales, que hace surgir una literatura excepcional, que en su magnificencia ha logrado saltar las fronteras de nuestro continente, para ponernos en los primeros lugares de la universalidad. Señala Guayasamin con razón que "los grandes literatos de nuestro Continente están siendo leídos y traducidos prácticamente a todas las lenguas de la Tierra ..." (4).

Ese discurso literario que había germinado a partir de lo regional nos demuestra que mientras más se reafirmen en la autoctonía no sólo serán más universales sino indudablemente más admirados y reconocidos nuestros escritores. Además, es interesante constatar que el escritor latinoamericano actual, en ese afán de expresarse en forma original, plantea siempre el tema de lo hispanoamericano, a la vez que excava en sus propios orígenes los temas de sus textos; los orígenes de su tierra y de su historia.

Es la imponente grandiosidad de la naturaleza de nuestra América que se resiste al análisis racional de las experiencias sensibles, y que produce una vivencia esencialmente metafísica, a la vez que se transforma en una escritura igualmente exhuberante. Porque si en alguna región el deslumbramiento de los fenómenos físicos actúa con una fuerza irresistible, esa tierra es la verdadera América, aquella que está al sur del río Grande. Reacción extrema y profunda, auténtica, ante las selvas, sus picos volcánicos y los lagos de sus mesetas de aguas azul cobalto que realza en nuestras tierras la presencia de lo extraordinario en lo

cotidiano. Recordemos el significado de la tierra para Rómulo Gallegos, ese sortilegio que se personifica en Doña Bárbara, devoradora de hombres y símbolo de los llanos venezolanos. De hecho, es la tierra que adquiere un relieve singular entre nosotros, insertándose en el gran complejo económico-político y socio-cultural, es la llamada "mística de la tierra". Uso fecundo de la intuición estética aplicada al hallazgo ideológico para su más cabal expresión.

Ese sentimiento de la naturaleza se refleja en casi todas las manifestaciones del arte de nuestros pueblos, en especial y con relieve acusado en nuestro barroco (o también llamado neo-barroquismo) donde el tema de la naturaleza forma un conjunto casi obligado con el disfrute verbal. El barroco nuestro, que está ya presente en el "decorativismo" indígena y exotismo africano, se va a fundir con la corriente estilística del castellano que viene a estas costas durante la colonia con los libros de Góngora, de Quevedo a la vez que con el churrigueresco arquitectónico, hasta que adquiere carta de nacionalidad con los escritores contemporáneos. Todo se tiñe de barroco, es también conocida la afinidad de algunos modernistas como Darío y Martí con la poesía barroca. Severo Sarduy intenta lanzar un puente teórico entre el barroco español del siglo XVII y la modernidad, por conexiones que el escritor considera profundas. Barroco inserto en la narrativa latinoamericana de todos los tiempos, "el primer americano que va surgiendo", como lo afirma Lezama Lima (5). Es una constante de una conciencia autóctona y donde tiene peso el afán descriptivo con la renovadora fuerza del fenómeno telúrico. Carpentier se declara barroco, Lezama Lima lo es sin titubeos, y luego tenemos a novelistas como Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Guimarães Rosa que están muy cercanos al barroquismo. Se ha hablado también del "barroquismo" de Rómulo Gallegos (sobre todo en su fastuosa novela **Canaima**) y de García Márquez. Es la impronta que estuvo presente en la época colonial, que perdura en la expresión del siglo XIX, y llega al siglo XX de manos del modernismo hasta convertirse en expresión auténtica de los escritores contemporáneos. Nuestro barroco forma un bloque común que identifica a nuestra América y le brinda una expresión propia, aún hoy día llena de sorpresas y de laberintos interminables, cuyos minotauros que nos acechan, deberán ser derrotados para surgir de la oscuridad con el hilo de Ariadna, el cual nos conducirá a la liberación nacional.

Notas

(1) El discurso fue pronunciado por el novelista cubano el 15 de mayo de 1975, en el acto que en su honor fue organizado por la misma Universidad, el Ateneo de Caracas, la Asociación de Escritores Venezolanos y la Asociación Venezolana de Periodistas, y se tituló "Conciencia e identidad de América".

(2) "Criollo", usado en el sentido en la época del "modernismo" de fines del siglo XIX y principios del XX: "criollismo" corriente que junto al "regionalismo" vuelve a poner los ojos en la región americana como fuente de inspiración del arte.

(3) "Latinoamérica frente al V Centenario", entrevista con Oswaldo Guayasamín en **Nuestra América y el V centenario**, p. 229.

(4) *Ibidem*.

(5) José Lezama Lima, "La curiosidad barroca" en **La expresión americana**, p. 46.

Bibliografía

ARCINIEGAS, Germán. **América, tierra firme**. Buenos Aires, Edit. Losada, 1944.

BENEDETTI, Mario. **El escritor latinoamericano y la revolución posible**. Buenos Aires, Latinoamericana de Ediciones, 1977.

BENEDETTI, Mario y otros: **Nuestra América y el V Centenario**. Quito, Edit. El Duende, 1990.

BLANCO-FOMBONA, Rufino. **Ensayos históricos**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981 (Prólogo de Jesús Sanoja Hernández; Selección y Cronología de Rafael Ramón Castellanos).

--- **Motivos y letras de España**. Madrid, Edit. Renacimiento, 1930.

--- **Diario de mi vida**. Madrid, Edit. Renacimiento, 1929.

--- **Camino de imperfección**. Caracas, Impresos Unidos, 1942.

--- **El espejo de tres fases**. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937 (Colección "Biblioteca América").

BRICEÑO IRRAGORRI, Mario. **Tapices de Historia Patria**. Para una morfología de la cultura colonial. Caracas, Talleres Litográficos de Impresora Urbina, 1982.

CARPENTIER, Alejo. **Razón de ser**. Caracas, Ediciones del Rectorado, UCV, 1975.

CASTELLANOS, Rafael Ramón. **Biografía de Rufino Blanco Fombona**. Caracas, 1983 (Separata de la obra *Venezolanos del siglo XX*, editada por la Fundación Eugenio Mendoza, diciembre de 1982)

FRANK, Waldo. "América Hispana" en **Retratos culturales**. Madrid, Edit. Aguilar, 1963 ("Biblioteca de autores modernos") Traducción de León Felipe, A. Lázaro Ros y J. Héctor de Zaballa, Prólogo de Antonio Espina.

FUENTES, Carlos. **Valiente mundo nuevo. Epica, utopía y mito en la novela hispanoamericana**. México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Colección "Tierra Firme").

GALEANO, Eduardo. **El descubrimiento que todavía no fue y otros escritores**. Caracas, Alfadil Ediciones, 1987.

GARCIA Calderón, Francisco. **Las democracias latinas de América. La creación de un continente**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

GRACIA Jorge J.E e Iván JAKSIC. **Filosofía e Identidad cultural en América Latina**. Caracas, Monte Avila Edit., 1988

GUADARRAMA, Pablo y Nikolai PERELIGUIN. **Lo universal y lo específico en la cultura**. Bogotá-Santa Clara, Cuba, Editor Jaime Quijano-Caballero, 1988.

HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. **Las corrientes de la literatura hispanoamericana**. México, Fondo de Cultura Económica, 1969 (Colección Biblioteca Americana).

--- **Obra crítica**. México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Colección "Biblioteca Americana").

--- **La utopía de América**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

LEZAMA LIMA, José. **La expresión americana**. Madrid, Alianza Edit., 1969.

MARTI, José. **Antología**. Madrid, Editora Nacional, 1975 (Edición preparada por Andrés Sorel).

O'GORMAN, Edmundo. **Invención de América**. México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Colección Lecturas Mexicanas, Nº 63).

PICON SALAS, Mariano. **Viejos y nuevos mundos**. Caracas, Bibliotecas Ayacucho, 1983.

REYES, Alfonso. **Antología**. México, Fondo de Cultura Económica, 1955 (Colección "Popular").

SAMBARINO, Mario. Identidad, tradición, autenticidad: Tres problemas de América Latina. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.

STABB, Martín. América Latina en busca de una identidad (Modelos de ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960). Caracas, Monte Avila Editores, 1969.

UGARTE, Manuel. La nación latinoamericana. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.

ZEA, Leopoldo. Del liberalismo a la revolución. El problema cultural de América Latina. México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (colección "Tierra Firme").

--- **Filosofía de la historia americana.** México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (Colección "Tierra Firme").

--- **América Latina: largo viaje hacia sí misma.** Caracas, Imprenta Universitaria, 1983 (Colección "Memoria de América Latina", Nº 4).

Hispanoamericanismo Siglo XIX. Caracas, Serie Sesquicentenario del Congreso de Panamá, publicado por el Gobierno de Venezuela, 1976.

Versión Texto

Identidad versus complejo de inferioridad.

CESIA ZIONA HIRSHBEIN

Directora del Instituto de Estudios Hispanoamericanos/UCV

El novelista cubano Alejo Carpentier, quien dedicó gran parte de su obra y vida al estudio de nuestra identidad, dijo las siguientes palabras en nuestra solemne Aula Magna hace algunos años:

“El latinoamericano vio surgir una nueva realidad en esta época ... Y ahí es donde se plantea el verdadero problema ... ¿quién soy yo, qué papel seré capaz de desempeñar, y más que nada ... qué papel me toca desempeñar?...Eterna revivencia del 'conócete a ti mismo'...”(1)

Muchos pensadores, dentro de ese contexto de búsquedas, acercamientos, reencuentros y sorpresas han intentado definir la identidad latinoamericana a través de una exploración de nuestras propias raíces, porque quizás ahí, en los orígenes esté la clave del presente, para establecer la posibilidad de un destino mejor de esa entidad, a la vez abstracta y concreta, que es “nuestro gran continente mestizo”. También de establecer los rasgos comunes que nos caracterizan y nos unen a través de un mestizaje que vale la pena aclararlo, no es sólo de etnias, sino también de influencias, aspiraciones e ideologías, y que es uno de los puntos esenciales de nuestra identidad.

Además, creemos que esa insistencia en conocernos, es muy importante para el desarrollo de la historia del pensamiento latinoamericano, porque además de tratar de resolver los problemas más inmediatos de unas tierras aún en formación, nos va perfilando, aclarando, y también concientizando sobre unas características que por ese mismo hecho de la insistencia en la búsqueda ya son originales. Y están reflejadas en nuestra (controversial) historia común, en las raíces de la expresión de nuestra lengua y literatura, y la exaltación de nuestra exhuberancia territorial. De ahí la paradójica conceptualización de la identidad: la misma inquietud que nos da un sello de autenticidad, a la vez

nos pone la luz roja de alerta contra las invasiones, no sólo políticas, militares sino las culturales y espirituales que son las más peligrosas y que hoy más que nunca amenazan a nuestros pueblos. Es el momento pues de la conciencia y madurez histórica, de encontrar los aspectos verdaderos y auténticos que configuran los países hispanoamericanos para la liberación espiritual.

Sobre todo, porque –como un dolor secular presidido por los monstruos de una naturaleza subterránea que desvía la razón debido a una conquista y colonización tan feroz–, todavía nos viene al asalto el terrible complejo del americano, el “complejo de inferioridad”: creer que nuestra expresión no es forma alcanzada, sino, como dice el poeta cubano José Lezama Lima, “problematismo, cosa por resolver” (en **La expresión americana**). Creer que su tierra y su expresión no es forma alcanzada, mientras que los dones de su identidad aparecen “lentos, errantes y somnolientos” (p.28). Según Leopoldo Zea (en **América Latina: largo viaje hacia sí misma**) el mestizaje fue el culpable de ese complejo, pues, según el filósofo mejicano, el mestizaje lejos de ser algo positivo, fue la fuente de toda su ambigüedad y ambivalencia, “que una y otra vez, impedirá la asunción cultural de su encontrado modo de ser, la definición de su identidad” (p.9).

El complejo de inferioridad o de “bastardía” (como lo llama el maestro Zea) se desarrolla o está latente en el espíritu latinoamericano, precisamente por ese afán inútil de ser otro que uno mismo, renuncia del verdadero ser para tratar de imitar al otro que uno mismo, renuncia del verdadero ser para tratar de imitar al otro, al de arriba y al de la otra orilla del mar, y por ver lo propio como inferior. Con claridad lo leímos hace unas semanas en un diario capitalino: “El éxito extraordinario del coloso norteamericano ha producido en el alma latinoamericana un profundo complejo de inferioridad, que ha tenido dos manifestaciones fundamentales: 1) la subestimación de la propia identidad latinoamericana, y de los valores que la definen. 2) La sobrevaloración del modelo yanqui, y la tendencia servil a copiarlo e

imitarlo...” (Pedro Da Costa Gómez, “El Nacional”. 17 de mayo de 1992, p. A/4).

Ya los pensadores de fines de siglo XIX y principios del XX: Ricardo Palma, José Santos Chocano, José Enrique Rodó, Vargas Vila, César Zumeta, Rufino Blanco-Fombona, y muchos otros, conscientes de esta realidad que ya para esa época minaba nuestras raíces identificatorias, abogaron por la unidad latinoamericana como el camino hacia el desarrollo, no sólo económico sino también y sobre todo el cultural, ideológico y espiritual. Entendían que el Norte con su enorme poderío significaba la amenaza para unos países que no formaban un escudo común; ya Darío lo diría con versos demoledores:

“...Eres los Estados Unidos
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún amenaza a Jesucristo y aún habla en español...”

Todo eso robusteció la convicción de que las excolonias españolas compartían un rasgo que marcaba sus fisonomías: el tener como enemigos comunes tanto a los Estados Unidos como a las potencias europeas. La unificación resultaba entonces indispensable, ya que sólo así como un solo bloque de países se podía contrapesar la fuerza del adversario hostil. Martí sueña con una integración de nuestra América, que se asiente en sus verdaderas raíces y alcance, por sí misma, orgánicamente, las cimas de la auténtica modernidad. El sueño de Bolívar en Panamá era unir a todas las naciones para abrir el canal, y además, a través del Congreso Anfictiónico, establecer una unión dual americana, cuyos límites serían los nuevos continentes y cuya vida sería el hombre nuevo. Las fuerzas adversas (del Norte sobre todo) se opusieron, y nuestros países cedieron a las presiones. Los estados de la América Hispana han seguido, en cambio, el camino del desamparo. Sólo Brasil, por su herencia portuguesa más ingenua, se aglutinó y se hizo mayor a expensas de sus vecinos.

La necesidad de definirse en su especificidad y su arte, se convirtió en necesidad histórica y prioridad nacional y americana. Tenemos los nombres de Sarmiento, Carlos Octavio Bunge, Samuel Ramos, Alberdi... Todos ellos, dentro de sus diferentes conceptos y estudios positivistas e hispanoamericanistas, en el fondo buceaban y buscaban la propia identidad hispanoamericana, como una de las formas de la libertad de esas naciones.

¿Tiene sentido hablar de cultura propia? El tratamiento de la cultura propia viene a constituir para nosotros un problema y de ahí su genuina importancia dentro del pensamiento latinoamericano. Problema que ha llegado a plantearse posiciones extremas en cuanto a la expresión americana desde la defensa del autoctonismo para la salvación nacional hasta la de la universalidad (en el sentido de foráneo) como si fueran excluyentes. La misma realidad nos demuestra que no hay autoctonismo sin universalidad, ni universalidad sin autoctonismo: ambas se complementan para crear la simbiosis, el sincretismo de cualquier cultura, y también de la nuestra. Pero no deja de preocupar a escritores, historiadores y hombres de letras la autenticidad de nuestra cultura y de nuestros creadores, (por los peligros del colonialismo intelectual), el examen de nuestra manera real de ser y a través de la cual se expresa la cultura latinoamericana, a la vez que la creación artística. Recordemos que según Leopoldo Zea el problema básico de la América hispana gira en torno a la discusión de la existencia de una literatura, de una filosofía, o más ampliamente de una cultura americana. Cuestión que se presenta desde el mismo momento en que el primer hombre del Viejo Continente toca tierras americanas, momento impactante, trascendente. En ese asombro visceral del español ante América, ante un nuevo mundo sorprendente, surge una realidad arrolladora: choque, imbricación y encrespamiento de dos mundos, dos culturas, y de donde surge la nueva identidad hispanoamericana, síntesis y mestizaje inefable entre lo español y lo indígena, (es decir, de lo que los conquistadores dejaron del mundo indígena), y después con lo africano. El español, al llegar a estas tierras exóticas y asentarse en ellas, mezcla su pasado (mitos, cultura

medieval, historia, etc.) al presente lleno de sorpresas, de luz cegadora, donde la vida le salta misteriosa y lujuriosa, (no olvidemos que al principio ni sabían donde estaban). Aquí, en este primer momento está ya al acecho el delineamiento de una nueva cultura, un nuevo mundo socio-político y cultural que se presenta como una tentación de fascinantes imágenes, figuras y modelos de creación para la modernidad y el potencial del futuro.

Tenemos que ser originales, decía el maestro del Libertador Simón Rodríguez, y según Alejo Carpentier no había que hacer el menor esfuerzo por ser originales, “pues éramos ya originales de hecho y de derecho, mucho antes de que el concepto de originalidad se nos hubiese ofrecido como meta...” Y ahora estamos en la mejor disposición para realizar ese verdadero “descubrimiento” que nuestra América reclama, atendiendo a las voces secretas y originarias contenidas en su mensaje artístico. Para Leopoldo Zea, nuestra cultura es una realidad, a pesar de las influencias y de las imitaciones. Cultura que él llama yuxtapuesta, América, dice, “es un crisol de culturas... Identidad cultural complicada y, por serlo, original...”

Hay además cierto sentido de la vida y de sus problemas que se dan en estos países, como lo es lo telúrico y la aurora tropical, que aún cuando son aspectos de naturaleza extraordinaria, no los podemos descartar en el análisis de lo hispanoamericano, y propiamente conlleva en sí una original visión del mundo, que se extiende con gran fuerza al mundo de las ideas, la filosofía latinoamericana, la cultura, la literatura y el arte. En tal sentido, muchos filósofos reconocen esos trazos exhuberantes y telúricos de la expresión americana y los han introducido en sus sistemas ideológicos. Este hecho es sumamente interesante porque hace que el pensamiento latinoamericano con esa carga de originalidad participe de lo universal a través de una realidad tan típicamente hispanoamericana, a la vez que enriquece el pensamiento universal con unos tópicos tan extraordinarios y “sobr abundantes”.

Y a pesar de las dudas que puedan darse de una cultura propia, es un hecho que de aquel primigenio sincretismo del mundo latinoamericano se va creando una singular expresión autóctona, original. Frente a la pretensión de los conquistadores, de los oligarcas criollos y del colonialismo, ha ido forjándose, aún cuando no podemos negar que con tropiezos y a veces retrocesos, nuestra genuina cultura, tomando como vimos, este término en su amplia acepción histórica y antropológica: la cultura gestada por el pueblo mestizo, esos descendientes de indios, de negros y de europeos. A través del mestizaje Hispanoamérica adquirió un cuerpo, no tanto físico como espiritual, un camino, se puede decir tormentoso, pero con una tradición cultural fuerte de unión entre las naciones hispanoamericanas, que es más sólida que las luchas de separación.

La historia americana es rica en imágenes, desde el momento mismo del “descubrimiento” la expresión y la experiencia de los acontecimientos fue escrita con una lengua exótica entre poética y sobrenatural. Recuérdese las impresiones que —desde Colón y pasando por los cronistas y los poetas barrocos—, se escribieron sobre nuestra naturaleza exótica. Para todos ellos los lagartos eran dragones, y las impenetrables selvas, pasajes oscuros y misteriosos. La historia hispanoamericana empieza su camino de formación cultural con las imágenes poéticas, exóticas y sobrenaturales de sus primeros pobladores. Lo más importante e interesante es la continuidad de este fenómeno, nuestra cultura siempre va a vivir signada espiritualmente por esa imagen que tanta impresión causó y aún causa a quienquiera que pise suelo americano.

La utilización de la riqueza del material americano, de su naturaleza espiritual y social podrá reclamar un estilo, el espléndido estilo “criollo”, (2), que el peculiar clima nos impone. Fruición de resolver nuestra expresión y nuestra literatura a través de la palabra y la imagen originaria latinoamericana. Mientras más originales y autóctonos seamos, más nos proyectaremos hacia el mundo, “pasar de la comarca para llegar al mundo”, nos dice Mario Benedetti. Además, sabemos muy bien que partir de la

región no lleva obligatoriamente a una literatura regionalista todo lo contrario, la región es la raíz mágica de nuestro sello tan personal y a la vez, la que nos distingue ante el resto del mundo; y esto, aunque podría parecer paradójico, es precisamente lo que le da carácter universal a la literatura hispanoamericana.

Cultura genuina que se expresa y consagra en toda su dimensión creadora y universal a través del arte, que ha sido el que ha imbricado de manera más resaltante el sufrido pasado indígena y el profundo mundo africano con nuestro presente mestizo, todo ello visto tras el cristal del idioma español. La pintura, la escultura, la música, el cine (actualmente), pero sobre todo el texto literario establecen un espacio que pone de manifiesto la identidad hispanoamericana; y además donde se rompen las fronteras de los países. “Identidad a través de la unidad cultural que es continental...” (3) dice Guayasamin.

El texto literario recuperó nuestra alma y ayudó a definir una identidad que no es más que nuestra historia como proceso de liberación. En la expresión de la escritura latinoamericana se encuentra la manifestación auténtica de nosotros mismos y es el supuesto básico de todo proyecto emancipador. Esta lucha que siempre han tenido nuestros países en pos de la emancipación mental y cultural, se hace explícita por vez primera en la **Alocución a la Poesía** de Andrés Bello, la que inicia sus dos Silvas americanas:

“...Tiempo es que dejes ya la culta Europa...”

La concreción de una expresión auténtica se da con las vicisitudes de la palabra que pugna contra los modelos extraños y retorna a los países americanos. Dejar “la culta Europa”, como proclama Bello, sin menoscabo de las influencias universales verdaderamente creadoras.

Pero aún hay algo más en cuanto a la función de la escritura en el desarrollo de una expresión original hispanoamericana: la literatura siempre ha sido un instrumento de nuestro acontecer político y social. Ya en la época de la independencia, demostró

su utilidad para la vida pública a la vez que fue muy importante para la historia de nuestra cultura autóctona: por un lado por la euforia de un lenguaje romántico liberado del academicismo clásico, y por el otro por la reconstrucción del pasado, la descripción de las costumbres y la conquista gustosa del paisaje. Más adelante, durante la época del romanticismo de fines del siglo XIX surge y toma auge el “costumbrismo” e igualmente se logra afianzar el **signo americano**; la lucha por unos ideales de libertad amplía el horizonte creador de la imagen textual con paisajes que crean hechos, destinos para el ente creador y nuevos conjuros de la palabra. Estos escritores del siglo XIX románticos son a la vez que artistas, hombres de acción, auténticos héroes de unos países que luchaban por su emancipación, así tenemos los nombres de Fray Servando Teresa de Mier, Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Simón Rodríguez y finalmente José Martí. Más adelante, con los escritores modernistas (de la segunda generación): José Enrique Rodó, Urbaneja Achelpohl, Rufino Blanco-Fombona, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, se produce la eclosión de una literatura donde lo regional va a servir de gravitación existencial en la escritura, y donde la palabra “criollismo” será una prolongación de la voz de los escritores originales, auténticos y conscientes de lo hispanoamericano.

Dice Alejo Carpentier:

“Y la verdad es que la palabra criollo es un elemento vital para el entendimiento de nuestra América, de esta América, América madre, América mestiza, que es nuestro continente. Esa palabra criollo que aparece por primera vez en un tratado geográfico, en México, en el año 1574, esa palabra criollo es la que habría de seguirnos a todo lo largo de la obra de los hombres que afirmaron en los siglos XVII, XVIII y XIX nuestra personalidad, nuestra presencia y nuestra entidad, esa palabra criollo cobraba para mí en Venezuela un sentido nuevo. Me condujo a la obra de Simón Rodríguez...”

Desde los años cuarenta hasta la actualidad, —después de esos firmes sabores que reivindicaron esta tierra como “la región más

transparente” de una expresión literaria original y auténtica, donde por medio del regionalismo y el criollismo— se dan las pinceladas de esos paisajes, ciertamente desbordantes, donde la fastuosidad natural e histórica se une a los tejidos verbales, que hace surgir una literatura excepcional, que en su magnificencia ha logrado saltar las fronteras de nuestro continente, para ponernos en los primeros lugares de la universalidad. Señala Guayasamin con razón que “los grandes literatos de nuestro Continente están siendo leídos y traducidos prácticamente a todas las lenguas de la Tierra...” (4).

Ese discurso literario que había germinado a partir de lo regional nos demuestra que mientras más se reafirmen en la autotonía no sólo serán más universales sino indudablemente más admirados y reconocidos nuestros escritores. Además, es interesante constatar que el escritor latinoamericano actual, en ese afán de expresarse en forma original, plantea siempre el tema de lo hispanoamericano, a la vez que excava en sus propios orígenes los temas de sus textos; los orígenes de su tierra y de su historia.

Es la imponente grandiosidad de la naturaleza de nuestra América que se resiste al análisis racional de las experiencias sensibles, y que produce una vivencia esencialmente metafísica, a la vez que se transforma en una escritura igualmente exhuberante. Porque sí en alguna región el deslumbramiento de los fenómenos físicos actúa con una fuerza irresistible, esa tierra es la verdadera América, aquella que está al sur del río Grande. Reacción extrema y profunda, auténtica, ante las selvas, sus picos volcánicos y los lagos de sus mesetas de aguas azul cobalto que realza en nuestras tierras la presencia de lo extraordinario en lo cotidiano. Recordemos el significado de la tierra para Rómulo Gallegos, ese sortilegio que se personifica en Doña Bárbara, devoradora de hombres y símbolo de los llanos venezolanos. De hecho, es la tierra que adquiere un relieve singular entre nosotros, insertándose en el gran complejo económico-político y socio-cultural, es la llamada “mística de la tierra”. Uso fecundo de

la intuición estética aplicada al hallazgo ideológico para su más cabal expresión.

Ese sentimiento de la naturaleza se refleja en casi todas las manifestaciones del arte de nuestros pueblos, en especial y con relieve acusado en nuestro barroco (o también llamado neo-barroquismo) donde el tema de la naturaleza forma un conjunto casi obligado con el disfrute verbal. El barroco nuestro, que está ya presente en el “decorativismo” indígena y exotismo africano, se va a fundir con la corriente estilística del castellano que viene a estas costas durante la colonia con los libros de Góngora, de Quevedo a la vez que con el churrigueresco arquitectónico, hasta que adquiere carta de nacionalidad con los escritores contemporáneos. Todo se tiñe de barroco, es también conocida la afinidad de algunos modernistas como Darío y Martí con la poesía barroca. Severo Sarduy intenta lanzar un puente teórico entre el barroco español del siglo XVII y la modernidad, por conexiones que el escritor considera profundas. Barroco inserto en la narrativa latinoamericana de todos los tiempos, “el primer americano que va surgiendo”, como lo afirma Lezama Lima (5). Es una constante de una conciencia autóctona y donde tiene peso el afán descriptivo con la renovadora fuerza del fenómeno telúrico. Carpentier se declara barroco, Lezama Lima lo es sin titubeos, y luego tenemos a novelistas como Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Guimaraes Rosa que están muy cercanos al barroquismo. Se ha hablado también del “barroquismo” de Rómulo Gallegos (sobre todo en su fastuosa novela **Canaima**) y de García Márquez. Es la impronta que estuvo presente en la época colonial, que perdura en la expresión del siglo XIX, y llega al siglo XX de manos del modernismo hasta convertirse en expresión auténtica de los escritores contemporáneos. Nuestro barroco forma un bloque común que identifica a nuestra América y le brinda una expresión propia, aún hoy día llena de sorpresas y de laberintos interminables, cuyos minotauros que nos acechan, deberán ser derrotados para surgir de la oscuridad con el hilo de Ariadna, el cual nos conducirá a la liberación nacional.

Notas

- (1) El discurso fue pronunciado por el novelista cubano el 15 de mayo de 1975, en el acto que en su honor fue organizado por la misma Universidad, el Ateneo de Caracas, la Asociación de Escritores Venezolanos y la Asociación Venezolana de Periodistas, y se tituló “Conciencia e identidad de América”.
- (2) “Criollo”, usado en el sentido en la época del “modernismo” de fines del siglo XIX y principios del XX: “criollismo” corriente que junto al “regionalismo” vuelve a poner los ojos en la región americana como fuente de inspiración del arte.
- (3) “Latinoamérica frente al V Centenario”, entrevista con Oswaldo Guayasamín en **Nuestra América y el V centenario**, p. 229.
- (4) *Ibidem*.
- (5) José Lezama Lima, “La curiosidad barroca” en **La expresión americana**, p.46.

Bibliografía

- ARCINIEGAS, Germán. **América, tierra firme**. Buenos Aires, Edit. Losada, 1944.
- BENEDETTI, Mario. **El escritor latinoamericano y la revolución posible**. Buenos Aires, Latinoamericana de Ediciones, 1977.
- BENEDETTI, Mario y otros: **Nuestra América y el V Centenario**. Quito, Edit. El Duende, 1990.
- BLANCO-FOMBONA, Rufino. **Ensayos históricos**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981 (Prólogo de Jesús Sanoja Hernández; Selección y Cronología de Rafael Ramón Castellanos).
- **Motivos y letras de España**. Madrid, Edit. Renacimiento, 1930.
- **Diario de mi vida**. Madrid, Edit. Renacimiento, 1929.
- **Camino de imperfección**. Caracas, Impresos Unidos, 1942.

- **El espejo de tres fases.** Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937 (Colección “Biblioteca América”).
- BRICEÑO IRRAGORRI, Mario. **Tapices de Historia Patria.** Para una morfología de la cultura colonial. Caracas, Talleres Litográficos de Impresora Urbina, 1982.
- CARPENTIER, Alejo. **Razón de ser.** Caracas, Ediciones del Rectorado, UCV, 1975.
- CASTELLANOS, Rafael Ramón. **Biografía de Rufino Blanco Fombona.** Caracas, 1983 (Separata de la obra *Venezolanos del siglo XX*, editada por la Fundación Eugenio Mendoza, diciembre de 1982)
- FRANK, Waldo. “América Hispana” en **Retratos culturales.** Madrid, Edit. Aguilar, 1963 (“Biblioteca de autores modernos”) Traducción de León Felipe, A. Lázaro Ros y J. Héctor de Zabalia, Prólogo de Antonio Espina.
- FUENTES, Carlos. **Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana.** México, Fondo de Cultura Económica, 1989 (Colección “Tierra Firme”).
- GALEANO, Eduardo. **El descubrimiento que todavía no fue y otros escritores.** Caracas, Alfadil Ediciones, 1987.
- GARCIA Calderón, Francisco. **Las democracias latinas de América. La creación de un continente.** Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- GRACIA Jorge J.E e Iván JAKSIC. **Filosofía e identidad cultural en América Latina.** Caracas, Monte Ávila Edit., 1988
- GUADARRAMA, Pablo y Nikolai PERELIGUIN. **Lo universal y lo específico en la cultura.** Bogotá-Santa Clara, Cuba, Editor Jaime Quijano-Caballero, 1988.
- HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. **Las corrientes de la literatura hispanoamericana.** México, Fondo de Cultura Económica, 1969 (Colección Biblioteca Americana).
- **Obra crítica.** México, Fondo de Cultura Económica, 1960 (Colección “Biblioteca Americana”).
- **La utopía de América.** Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

- LEZAMA LIMA, José. **La expresión americana**. Madrid, Alianza Edit., 1969.
- MARTI, José. **Antología**. Madrid, Editora Nacional, 1975 (Edición preparada por Andrés Sorel).
- O'GORMAN, Edmundo. **Invención de América**. México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Colección Lecturas Mexicanas, N° 63).
- PICON SALAS, Mariano. **Viejos y nuevos mundos**. Caracas, Bibliotecas Ayacucho, 1983.
- REYES, Alfonso. **Antología**. México, Fondo de Cultura Económica, 1955 (Colección "Popular").
- SAMBARINO, Mario. **Identidad, tradición, autenticidad: Tres problemas de América Latina**. Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1980.
- STABB, Martín. **América Latina en busca de una identidad (Modelos de ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960)**. Caracas, Monte Ávila Editores, 1969.
- UGARTE, Manuel. **La nación latinoamericana**. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- ZEA, Leopoldo. **Del liberalismo a la revolución. El problema cultural de América Latina**. México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (colección "Tierra Firme").
- **Filosofía de la historia americana**. México, Fondo de Cultura Económica, 1978 (Colección "Tierra Firme").
- **América Latina: largo viaje hacia sí misma**. Caracas, Imprenta Universitaria, 1983 (Colección "Memoria de América Latina", N° 4).
- Hispanoamericanismo Siglo XIX**. Caracas, Serie Sesquicentenario del Congreso de Panamá, publicado por el Gobierno de Venezuela, 1976.